

LA TAMALERA

■ Juan Manuel Carreño*

○ Qué podemos decir de doña Luciana Portales, mejor conocida como La Tamalera de Tepepan? Ahí entre rejas, con sus manos aferradas a los barrotes y su mirada perdida, cualquiera diría que es una persona inocente que ha caído por un lamentable error en manos de la justicia. Sus labios se mueven involuntariamente; parece que reza pero sólo ella lo sabe. La trajeron anoche acusándola de algo muy grave, aunque muy pocos lo saben.

El agente del ministerio público hojea unos papeles que su homólogo nocturno llenó antes de retirarse. Son las siete de la mañana y afuera hace un frío que pela la carne. La gente luce sus bufandas y algún abrigo. Se antoja un atolito y unos tamales calentitos.

—Tráigame a La Tamalera —pide a uno de los guardias. En breves minutos aparece la mujer escoltada por dos hombres de azul. Evitan mirarla. La conocen, pero no quieren verle el rostro. Eran dos de sus muchos clientes quienes se saciaban de sus tamales que ella vendía a media cuadra de la comisaría cada mañana. El juez también la reconoce y recuerda que también él fue su cliente en varias ocasiones. Siente un retortijón en el estómago.

Doña Luciana tiene una mirada dulce y su sonrisa es cálida. La sientan frente al agente. Éste enciende un cigarrillo y exhala el humo. La mira fijamente.

—¿Dónde está su esposo, Honorio Paleta? —le pregunta.

—Honorio tiene un año que se fue al otro lado, señor.

—¿Al otro lado?

—Sí, al otro lado. A las pizcas de California.

—¿Le ha escrito?

—Pos cómo. Él no sabe escribir.

—¿Dónde están sus hijos?

—Allá con él.

—¿Ellos sí saben escribir?

—Tal vez sí, tal vez no.

—¿No sabe usted o no quiere decirme?

—A lo mejor no. Nunca los vi escribir nada.

—¿Le han escrito?

—No.

—¿Sabe cuál es la dirección de su marido allá en California?

—No. Sólo Dios lo sabe.

—Y entonces, ¿cómo sus hijos dieron con él?

—No lo sé. A lo mejor ellos sí sabían la dirección y nunca me la dijeron. La vida está llena de misterios, ¿no cree?

—Sí, cómo no —dijo para sí. Revisó una hoja.

—Sus vecinos la acusan de que usted mató a su esposo y a sus hijos.



*Juan Manuel Carreño, Monterrey, N. L. 1954, es escritor, vendedor y editor de libros y tiene varios premios de cuento en su haber. Sus narraciones se han publicado en los periódicos *El Norte* y *El Porvenir* en las principales revistas literarias de Monterrey.

—¿Que yo qué? — en su rostro había extrañeza.

-- ¿Que me acusan a mí?

—Dicen que él la golpeaba, y que sus hijos también lo hacían cuando su esposo desapareció hace como seis meses.

—Ya le dije que se fue al otro lado. Mis hijos están allá con él.

Un policía se acercó al juez y le susurró algo al oído. Los dos miraron a la mujer. El azul se retiró. El agente del ministerio público inhaló y exhaló el humo de su cigarro que se enredaba en las aspas del ventilador y le dijo a la mujer:

—Me acaban de informar que en el patio de su casa descubrieron tres esqueletos de hombre y 27 esqueletos de perros callejeros. Los esqueletos de los hombres ya los mandaron al forense para determinar a quién pertenecen. ¿Desea usted cambiar su declaración?

La mujer, con el rostro demudado y con gesto de derrota bajó la cabeza y entre murmullos comenzó a hablar.

Esa misma tarde los periódicos capitalinos recogían la historia. El titular decía: ¡Tamalera asesina! que coronaba su fotografía y al pie de ésta: ¡Yo los maté!, en grandes letras rojas. La mujer contaba una historia de terror donde diariamente era víctima de los golpes de su esposo quien le quitaba el dinero para saciar sus vicios. Consumía marihuana y cocaína y le gustaba invitar a sus amigos hasta altas horas de la madrugada en las cantinas del barrio.

A falta de dinero para surtir su mercancía la mujer se veía obligada a cazar perros, ayudada por sus hijos y luego los despellejaban en la cocina de su casa, aprovechando su carne y sesos para preparar los tamales. Su esposo, al enterarse de esto, amenazaba con denunciarla, y después de una serie de golpes y patadas le quitaba el poco dinero que juntaba de la venta y se volvía a ir de farra con sus amigos, hasta las cuatro de la madrugada.

Doña Luciana declaró que ya no pudo aguantar más esta situación y una madrugada, aprovechando que su esposo dormía bien borracho, le dio varios martillazos en la cabeza y luego en la cocina lo cortó en pequeños trozos. Declaró que sus dos hijos comenzaron a ayudarla y cortaron toda la carne del marido e hicieron los mejores tamales que la gente hubiese probado nunca. Recibieron muchas

felicitaciones durante toda la semana, mientras duró la carne.

Prosigue la declarante que lo malo fue de que sus hijos empezaron a exigirle el dinero de los tamales y continuaron con los golpes; se hicieron de vicios mayores: consumiendo crack, cocaína, piedra; jugaban a la ruleta y apostaban a los caballos, y la pobre tamalera siguió sufriendo el mismo infierno como cuando su esposo vivía.

Una noche cuando dormían ella les trozó el cuello. Los tamales le salían muy ricos por esos días. La gente le felicitaba y hasta hacían fila para comprarle.

A los vecinos se les hizo raro que doña Luciana viviera sola y no quisieron creer lo que ella afirmaba de que su esposo e hijos se habían ido a trabajar en las pizcas a California —sobre todo porque a ninguno le gustaba el trabajo.

Uno de los vecinos también notó que de un tiempo a la fecha los perros callejeros habían escaseado, pero lo que realmente vino a hundir a doña Luciana fue una de sus competidoras.

Ella se llamaba Herminia Mandujano, de oficio tamalera y que tenía relaciones con el esposo de la señora Portales, es decir don Honorio. Declaró que ella malició que su amante había sido asesinado y enterrado en el patio de su casa, al haberle enterado días antes de que su esposa sacrificaba perros para incrementar la venta de sus tamales, diciéndole que ella hiciera lo mismo, a lo que la declarante se negó.

Todavía un día antes de ser aprehendida, doña Luciana Portales había ido hasta la misma comisaría donde ahora estaba detenida, a ofrecer su mercancía. Los policías hacían fila para degustar sus ricos tamalitos. Si hasta el agente del ministerio público —quien ahora la acusaba- había pedido siete docenas para llevar a su hogar. Y mientras llegaba la hora de salir, devoraba con deleite uno de carnitas, en su escritorio, pensando que la vida era bella y valía la pena de vivir.

Hoy, en el baño de su casa, vuelve a vomitar compulsivamente al recordar la orden que se comió ayer nomás llegando a su casa.